

# Archivo Extremeño.

REVISTA MENSUAL

CIENCIA, ARTE, HISTORIA.

---

Año II

Badajoz 30 de Abril de 1909

Núm. 15

---

**SUMARIO:** Progreso de las ciencias físico-matemáticas en el siglo XIX, por A. Numa Miquel.—López de Ayala, bosquejo de estudio, por Antonio Arqueros.—Paterna rura, por Pedro María Torres Cabrera.—Etimología curiosa, por Juan Valjean.—El teatro de ideas, «Por las nubes», por Luis Bardají.—La vida en la Corte, carta primera, por Un Cortesano.—Literatura portuguesa (De Antonio Nobre), La Sombra, por Manuel Monterrey.—La ocasión de amar, *Novela escénica* (continuación), por Antonio F. de Lepina.—Legajo, por Balduque.—Pliego de historia, de Documentos y de las obras completas de Diego Sánchez de Badajoz.

---

## Progreso de las ciencias físico-matemáticas EN EL SIGLO XIX

### Ciencias físicas.

Las ciencias físicas por sus inmediatas aplicaciones á la industria y las artes, hánse desarrollado en gran manera bajo sus aspectos matemático y práctico. Cada progreso conseguido en una teoría matemática cualquiera, tuvo por consecuencia un adelanto en la física; apenas hallado un nuevo modo de calcular, aplicósele al desarrollo de las fórmulas físicas. Las ciencias que nos ocupan son en realidad de nueva creación. A principios del siglo XIX, la física gozaba una vida puramente vegetativa; algunos fenómenos conocidos, una ó dos teorías aun en estado embrionario, constituían esta ciencia, hoy casi terminada; doctrina no había; la química acababa de lograr organismo científico.

#### I. — FÍSICA.

La teoría de la capilaridad ha sido la primera que ha tenido existencia matemática; cultivada por Laplace, Gauss y Polsson, fué simplificada por Bertrand. Una de sus aplicaciones más interesantes ha sido el electómetro capilar de Lipmann.

El estudio de la fuerza elástica de los gases ha recibido verdadera transformación, y á los aparatos imperfectos de Mariotte, han sucedido los barómetros y los manómetros, desarrollo de la idea de Torricelli y de la de Mariotte.

El resultado práctico más importante de la teoría de los gases, ha sido la invención de los globos, tan imperfectamente conocidos por los hermanos Montgolfier. Tuvieron entonces aplicaciones escasas, que han ido consiguiendo más ancho campo, merced á los estudios de los célebres capitanes Krebs, Benard y otros, que han resuelto el problema de su dirección, si no en todos los casos, por lo menos en los principales, acercándose el momento de que desaparezca toda incógnita. Todo lo que se ha indicado hasta aquí es lo que puede llamarse física antigua: empezada hace siglos, se ha perfeccionado en el siglo XIX. No ha sucedido lo mismo con las teorías del calor, la electricidad, la luz y el sonido que en su totalidad son verdaderamente nuevas; en este punto todo ha sido progreso, desde el descubrimiento del fenómeno hasta el desarrollo de su estudio.

En acústica, la velocidad del sonido se ha determinado; desarrollada ha sido por Regnault la teoría de las ondas; y estudiadas experimentalmente por Lissajous, Duhamel y Koenig las vibraciones de los cuerpos sonoros. El modo de escribir las vibraciones de Duhamel constituye el principio embrionario de la invención del fonógrafo de Edison.

La teoría de la música, ya formada por los Beznoulli, se completó por uno de los hombres más extraordinarios que se han consagrado á las ciencias contemporáneas. Helmholt ha estudiado hasta la constitución de la voz, y la ha reproducido, y no mecánicamente como en el fonógrafo, pero sí de un modo científico.

La teoría del calor, conocida en sus partes elementales, como el estudio incompleto de las dilataciones, y sus aplicaciones imperfectas al termómetro, además de estar casi en todos sus ramos terminadas por la invención de la teoría mecánica del calor, nos ha permitido penetrar en la teoría del de las fuerzas y presenciarse sus transformaciones respecto del calor y recíprocamente. Mayer y Joule fueron los primeros en hallar el valor del equivalente mecánico del calor; es decir, la razón fija que existe entre un cierto trabajo mecánico y el calor necesario para producirlo.

Este principio tan fecundo, aplicóse inmediatamente á las máquinas de vapor, transformándolas por completo. Los estudios

matemáticos de esta teoría han sido hechos por Clausius, el ilustre catedrático de la Universidad de Bonn; por Zeuner é Hirn, y la teoría de la propagación del calor debíase á Fourier; luego Ohmm la aplicó palabra por palabra á la propagación de la electricidad.

Las experiencias de Andrews, Cailletet, Pictet, que han liquidado y solidificado los gases permanentes, nos han enseñado que los estados de la materia no son en realidad distintos.

La aplicación más importante del calor á la industria, es indudablemente la máquina de vapor, ya perfeccionada por Watt, de la que los constructores modernos han hecho el factor más poderoso del progreso humano.

La teoría de la luz ha seguido casi el mismo derrotero; la velocidad se ha medido más exactamente que por el procedimiento de Rømer, por Fizeau, Foucault, Cornu; los índices de refracción de los gases han sido determinados por Biot y Arago; los trabajos de Gauss han permitido fijar la teoría de las lentes y por lo tanto de los aparatos de óptica. Los hermosos descubrimientos de Draper, Becquerel, Angstrom, Fraunhofer, Thollon, etc., sobre las rayas espectrales, y la invención de los espectróscopos, han dado á la química uno de sus más decisivos medios de análisis, medios que han hecho descubrir nuevos cuerpos simples y permitido estudiar hasta las estrellas por la luz que nos mandan. Débese tan magnífico invento á Kirchhoff y Bunsen, dos de los más ilustres sabios alemanes de nuestra época. Los microscopios y telescopios han adquirido una potencia absolutamente desconocida hasta ahora, merced á Foucault, y sus espejos de cristal plateados químicamente. Por último, en el dominio de la óptica química, entra uno de los inventos más asombrosos de que puede envanecerse nuestro siglo: la fotografía que, descubierta en 1829 y progresando de día en día, ha llegado á ser un instrumento de precisión, auxiliar poderoso de los físicos y á jugar papel importantísimo en la industria y en las artes.

El sistema matemático de las ondulaciones ha sido edificado por Fresnel, Young, Mac-Cullagh y otros que han dado á la ciencia una de las más sorprendentes teorías que sobre la luz existen, teoría ya casi acabada, que permite prever los fenómenos luminosos con la misma seguridad que la teoría de la atracción universal deja prever los fenómenos astronómicos.

A. NUMA MIGUEL.

(Continuará).

# ADELARDO LÓPEZ DE AYALA.

---

## Bosquejo de Estudio.

«Quisiera adivinarte los antojos,  
Y de súbito en ellos trasformarme;  
Ser tu sueño, y callado apoderarme  
De todos tus riquísimos despojos:

Aire sutil que con tus labios rojos  
Tuvieras que beberme y respirarme:  
Quisiera ser tu alma, y asomarme  
A las claras ventanas de tus ojos.

Quisiera ser la música que en calma  
Te adula el corazón: mas si constante  
Mi fé consigue la escondida palma,

Ni aire sutil, ni sueño penetrante,  
Ni música de amor, ni ser tu alma,  
Nada es tan dulce como ser tu amante.»

¿Qué mejor elogio pudiéramos hacer del insigne Ayala, que la trascripción de este, bajo todos conceptos, *soneto* famosísimo? Él define al hombre, y hace adivinar la mujer que fué su musa.

Porque es de advertir que una mujer, cuya frente orlaba la corona del genio, le inspiró sus más hermosas concepciones. Que se llame Victorina, Elena, Julia, Isabel ó Consuelo, siempre es la misma gallarda imágen del ser querido que, ya prometiendo amores, ya fingiendo enojos, ultrajada á veces, á veces defendida, vencedora hoy, abandonada más tarde, flota sin cesar en la mente del poeta.

¿Y quién fué Ayala? El lírico de alto vuelo y el escultor de la

frase; el prosista castizo y el fogoso tribuno; el trovador incomparable y el dramaturgo eminente.

Como lírico, asombra: sus armoniosos cantos, dulces ó sentidos, alegres ó tristes, se filtran en el alma, y ora se cubran con el enlutado manto del escepticismo, ora vistan las brillantes galas de la esperanza y de la fé, fascinan y conmueven.

Su nota más saliente es la ternura. Impregnadas en tan santo afecto las cuerdas de su lira, nunca estallan con los gritos del enojo; si descubre una maldad, si adivina repugnante llaga, si lucha contra el vicio, si un crimen social le subleva, llora más que se irrita. Odia el mal por el mal; aborrece el pecado, pero no al pecador. Cree que puede dirigirle al bien, y he ahí el norte de sus más nobles esfuerzos.

Y si con el pecador, que con serlo, ya es algo que repugna á la nobleza de su espíritu, muéstrase hidalgo y compasivo, ¿qué no hará con la mujer amada á quién consagra su ternura, con el amigo del corazón á quien confía sus secretos, con el niño inocente que juega entre sus rodillas?...

¿Amigo del corazón, digimos? Esta frase nos trae á la memoria aquella amarga *Epístola* que dirigiera desde su pueblo natal á otro inspirado artista, á otro amante de la belleza clásica, á un compositor ilustre, á D. Emilio Arrieta. ¿Resistiremos al deseo de mezclar con estas oscuras líneas, las letras de oro de sus esculturales estrofas? No, que también las rosas consienten punzantes espinas, el cielo opacas nubes, y ni la rosa pierde por ello sus matices, ni el cielo su hermosura. Habla el poeta, oigamos:

.....

En esta humilde y escondida estancia,  
Donde aún resuenan con medroso acento  
Los primeros sollozos de mi infancia,  
Y de mi padre el postrimer lamento;  
Esclarecido el mundo á la distancia  
A que de aquí le mira el pensamiento,  
Se eleva la verdad que amaba tanto,  
Y, antes que afecto, me produce espanto.

Aquí, aumentando mi congoja fiera,  
Mi edad pasada y la presente miro.  
La limpia voz de mi virtud entera,  
Hoy convertida en áspero suspiro,  
Y el noble aliento de mi edad primera,

Trocado en la ansiedad con que respiro,  
Claro publican dentro de mi pecho,  
Lo que hizo Dios y lo que el mundo ha hecho.

Me dotaron los cielos de profundo  
Amor al bien y de valor bastante,  
Para exponer al embriagado mundo  
Del vicio vil el sórdido semblante;  
Y al ver que imbécil en el cieno hundo  
De mi existencia la misión brillante,  
Me parece que el hombre en voz confusa  
Me pide el robo y de ladrón me acusa.

.....

Tal vez á la batalla me apercibo;  
Dudo de mi constancia, y de esta duda  
Toma ocasion el vicio ejecutivo  
Para moverme guerra más sañuda;  
Y cuando débil el combate esquivo,  
«Mañana digo, llegará en mi ayuda;»  
Y *mañana* es la muerte, y mi ansia vana  
Deja mi redención para mañana!

.....

Ya veis cómo no exagerábamos, ni tan siquiera estábamos en lo justo, al decir de Lopez de Ayala, que es *el escultor de la frase*. Esta al brotar de su pluma, adquiere la firmeza de la piedra, la tersura del cristal, la pureza de la línea y el relieve de la estatua.

¿Quereis otra prueba? Pues he aquí el feliz *modelo* de la que fué más tarde heroína de una de sus comedias más famosas.

Nos referimos á *Consuelo*, á quien dice el autor por boca de Fernando:

«Tu cabeza es tan gallarda y bien proporcionada y graciosa, que tiene una hermosura verdaderamente escultural, y parece construida exprofeso para contener al mismo tiempo la atrevida inteligencia del hombre y la varia y risueña imaginación de la mujer.—Dos colores distintos se disputan tu pelo: el oscuro y el rubio; la sombra y el oro; recordando alternativamente el interesante misterio de la noche y la alegría de los primeros y dorados rayos del alba...» «Luce tu frente, con supremo arte natural limitada por el cerrado bosque de tu cabello y por las sombras iniciativas de tus cejas...» «Tus cejas son bastante pobladas para recordar á la imaginación todo el encanto que tiene la sombra del interior de un bosque, y bastante finas para no perder su expresión temeraria.—Al llegar á ese caprichoso entrecejo donde se enlazan y juntan, parecen dos palmas que se están besando...—La esmeralda, el ópalo, el rubí, el zafiro y el brillante, han tenido

que mezclarse en felicísima combinación para producir las luces de tus ojos, unas veces vivas y relucientes como los rayos de la estrella de Venus, y otras veces suaves y tornasoladas, como los visos y cambiantes del terciopelo...» «Tus mejillas están compuestas de rosas matizadas de azucena y grana...» «Tu cuello recuerda alternativamente la dulzura del cuello de la paloma enamorada y la magestad del águila real...» «Tu boca es el compendio y resumen de tu hermosura. Así como todas las cosas, lo mismo en el orden moral que en el material, tienden á simplificarse, y de una gran maceta resulta un pequeño ramo de claveles y de un banco de conchas un puñado de perlas, y grandes montones de mineral se convierten en un pedacito de oro y los pensamientos de muchos libros se suman en una sola idea que todo lo significa y comprende, así se reducen en tu boca á una breve cifra todas las gracias esparcidas por tu persona...»

He aquí la escultura. ¿Con qué la modeló? Con el buril de su estilo,

\* \* \*

Como tribuno, su voz aun vibra en majestuosos palacios de justicia, en el Ateneo, en la Academia Española y en la Cámara de Diputados que presidía cuando le sorprendió la muerte, y cuyas regias bóvedas al reflejar aun el eco de su acento, parecé que adelantarse quieren al primer electricista del mundo, al autor del *fonógrafo*, al célebre Edison.

Allí, en aquellos sagrados templos de las ciencias y de las leyes, allí encontró ancho campo donde lucir su mágica elocuencia, su vasta erudición, sus profundos conocimientos; allí arrebató con su palabra amigos y adversarios, impregnándola ora en la amargura de Becquer, ora en el sarcasmo de Voltaire; ya haciéndola sonar como sublime nota de una lira, ya haciéndola crugir como el chasquido de un látigo.

La sagaz defensa de *El Padre Cobos*, llena de audaces atrevimientos, de frases rotundas, de viriles arranques, de párrafos grandilocuentes, y la oración fúnebre que le inspiró la temprana muerte de aquella reina de quien dijo el Sr. Moyano, «los ángeles no se discuten», oración que rebosa y que arrancó lágrimas, pone de manifiesto las brillantes dotes de orador de nuestro ilustre compatriota.

Quizás su voz no se amoldara á los registros del arte de Demóstenes, quizás carecería de la sonoridad que en otro tanto satisface, pero ¿qué importa si en su cerebro bullia un mun-

do de pensamientos y otro en su corazón de ardientes emociones?

\* \* \*

Egregio trovador, puede ufanarse de haber recogido la espléndida herencia de los Argensolas.

No recordamos, mejor dicho, no queremos recordar el nombre del que dijo no existir en la hermosa lengua de Cervantes, *soneto* alguno que de modelo sirva. Quien tal dijo, mal leyó el siguiente de Ayala:

«Me parecen tus piés cuando diviso  
Que la falda traspasan y bordean.  
Dos niños que traviesos juguetean  
En el mismo dintel del Paraíso.

Quiso el amor, y mi fortuna quiso  
Que ellos el fiel de mi esperanza sean:  
De pronto, cuando salen, me recrean:  
Cuando se van, me afligen de improviso.

¡Oh piés idolatrados! ¡Yo os imploro!  
Y pues sabeis mover todo el palacio  
Por quien el alma enamorada gime,

Traed á mi regazo mi tesoro,  
Y yo os aliviaré por largo espacio  
Del riquísimo peso que os oprime.

¿Pueden herirse las cuerdas de una lira con más delicadeza? ¿Puede atacarse con más seguridad la escala rítmica? Tenémoslo por cosa imposible, y por esta vez sostendríamos inmodestamente nuestra opinión.

\* \* \*

Réstanos hablar de Ayala como *eminente dramaturgo*: pero la grandeza de su teatro rebasaría de los límites de este artículo, y aunque algo contrariados, prescindimos hoy de bosquejarla siquiera sea á grandes rasgos.

Pero adelantamos una idea. Hemos de ver campear en todas las creaciones dramáticas de Ayala la misma ternura que, como digimos, constituye la nota más saliente de su armoniosa lira.

Ello nos habla de un hermoso corazón que entre las corrientes escépticas del presente siglo, supo conservar su sensibilidad exquisita y la pureza de sus sentimientos.

¡Gloria al genio! Gloria á la virtud!

ANTONIO ARQUEROS,

(Concluirá)



# PATERNA RURA

---

Para mi hermano Miguel.

Yo no puedo mudar, ni sé, ni quiero:  
al llegar al final de la corrida  
no es posible tomar otro sendero.  
Las viejas tradiciones que venero  
y forman el encanto de mi vida,  
he de cantar mientras me quede aliento,  
mas con la vieja música aprendida  
de mi paterno hogar en las veladas,  
y por viejos cantores recitadas  
de rústico ralul al ritmo lento.  
Santo, paterno hogar, yo te bendigo:  
al amor de tu lumbre,  
en patriarcal constumbre,  
en torno á sus señores  
congregabas los fieles servidores  
teniendo en su Señor padre y amigo.

Tu vistas afanosas  
á manos cariñosas,  
hilando de continuo,  
la burda estopa y el sedoso lino,  
que en tus feraces campos se criaron,  
y la tela blanquísima tegieron  
que por la vez primera me vistieron.

Con ella fabricaron  
mi primer vestuario;  
de ella quiero fabriquen mi sudario,

Yo no puedo mudar aunque quisiera:  
las rancias tradiciones amo ciego  
y las he de seguir hasta que muera.  
¿Cómo mudara el rústico labriego  
que no habitó jamás otros lugares  
que la paterna rura tan querida,  
cercada de frondosos olivares,  
donde en feliz y plácido sosiego  
pasaba mi existencia obscurecida,  
bebiendo en sus floridos tomillares  
en copioso raudal, salud y vida?  
Ni vió mas horizontes  
ni ver otros desea  
que los que abarcan sus altivos montes,  
ni mas villa ó lugares que su aldea. —  
Yo, rústico labriego, á quien recrea  
ver abrir en el árido barbecho,  
con el torcido arado  
el surco hondo y derecho  
al buey tardo y pausado,  
que el robusto gañan anima en tanto  
con monótono son de alegre canto. —  
Ni otra música oyó que en la mañana  
la alondra que saluda al nuevo día;  
en el huerto vecino  
de amante jilguerillo el dulce trino;  
el hablar de la obscura golondrina  
que anidó en mi ventana,  
sociable y cariñosa,  
que sus hijos y hogar á mi confía;  
en la copuda encina  
el arrullo de tórtola amorosa;  
ó allá en la tarde al espirar el día  
agil trepando al empinado risco,  
el canto del pastor que se encamina  
guiando su ganado, hacia el aprisco.  
Ni cuadro más hermoso contemplare,  
que la dorada mies cuando se mece  
á impulso de la brisa del verano,  
y mar de oro parece

que al doblar sus espigas adorara  
al Dios que le sostiene con su mano.  
Yo que en esos lugares  
á sagrados recuerdos alcé altares;  
al tronco viejo de la añosa encina  
que como viejo amigo,  
contra el helado viento  
ó inoportuna lluvia me dió abrigo;  
al regato, en cuya agua cristalina  
nuestra sed se ha calmado;  
la dura peña que me daba asiento  
al llegar fatigado,  
y casi sin aliento  
de trepar por el áspero collado;  
aquel pino, que cuenta de mi vida  
los días que han corrido,  
plantado por la mano bendecida  
de mi padre querido,  
y ya en su copa erguida  
tegen los cuervos el revuelto nido;  
la Cruz tosca y bendita,  
sagrado centinela,  
que del vetusto hogar la puerta vela,  
y la risueña ermita  
donde en santa oración arrebatada  
vi á mi madre adorada,  
elevando ante su altar de hinojos,  
á Dios su corazón y la mirada  
tierna y amante de sus dulces ojos  
á la sagrada imagen de Maria,  
en tanto que con mano cariñosa  
á su seno me unía,  
apartando los rizos de mi frente  
y su boca amorosa  
en ella se posaba dulcemente.  
¡Recuerdos de mi ayer, cuanto os adoro!  
Guardados como en místico sagrario  
os tiene el corazón hasta que muera,  
como guardado tengo, cual tesoro  
el bendito rosario

con que guiara su oración postrera.  
Con él me enseñó á orar mi santa madre  
siendo niño inocente;  
caduco ya, por ella y por mi padre  
tambien él guia mi oración ferviente.  
Y él de mi ardiente Fé mudo testigo,  
él en mis soledades compañero,  
él en mis penas el mejor amigo,  
cuando ya el cuerpo á la vejez sucumba,  
sobre mi yerto corazón le quiero:  
abrazado con él baje á la tumba.

PEDRO MARIA TORRES CABRERA.

---

# ETIMOLOGÍAS CURIOSAS

---

Esto que voy á narrar, ocurrió hace muchos siglos y puedo comunicarlo á mis contemporáneos merced á la colaboración que se dignó prestarme en mis trabajos de investigación un distinguido paleógrafo cuyo nombre me obliga su modestia á pasar en silencio.

Como indispensable proemio, debo hacer constar que el tal paleógrafo y yo hemos logrado reconstruir la cronología histórico-científica del mundo, y desde luego podemos afirmar que el hombre es coetáneo del Mastodonte terciario, y que en la época cuaternaria había adquirido ya un grado de progreso y cultura envidiables, no siendo desconocidos para él los grandes inventos contemporáneos.

Y sentado ésto, y dejando al lector en libertad de creerlo ó desmentirlo; comienzo.

\* \* \*

«Polites Wivo» padecía feroz neurastenia. Aburrido en su megalítico *dolmen* de un rincón del Asia, meditaba el modo de avasallar á la humanidad, y no se le ocurría el medio de conseguirlo.

Una tarde sintió chispear una idea en su cerebro, y la puso en práctica inmediatamente. Era bien sencilla: aprovechar una fuerte corriente de aire y lanzarse á los espacios en un globo, para arribar donde su destino le deparára.

Inútiles fueron las súplicas de su dulce compañera. «Wivo», firme en su propósito de realizar la expedición proyectada, construyó un hermoso aerostato, lo aprovisionó debidamente, y cierta esplendorosa mañana de Mayo lanzóse en él á los aires en unión de su consorte, que no quiso abandonarle en tan arriesgada empresa,

¿Para que seguir á los expedicionarios en las innumerables peripecias de su aéreo viaje? Baste consignar para completa, tranquilidad de todos, que el globo cayó en unos terrenos fertilísimos cuyos cándidos habitantes manifestaron profunda sorpresa antes la aparición de nuestros dos héroes.....

«Wivo» preguntó enseguida la dirección de una buena fonda. Un indígena se prestó á guiarle; le condujo á la mejor del pueblo, y ya iba á retirarse cuando se le ocurrió á «Wivo» ofrecerle lo que entre personas bien educadas es de rigor en tales casos; los servicios personales y la casa. El indígena dió muestras del mas profundo reconocimiento y se alejó.

La fonda no era maleja... «Wivo» manifestó al fondista que su objeto al llegar á aquel pais era negociar sus inmensos capitales en provecho del pueblo, creando explotaciones mineras, construyendo caminos de hierro, etc.; todo, por supuesto, presidido del más acendrado espíritu de honradez y moralidad, y como «Wivo» manifestase deseos de allegar capitales con que poder llevar á la práctica sus grandiosos proyectos, el fondista, loco de júbilo, puso á su disposición los ahorros todos que poseía, recomendándole á varias casas de banca de importancia financiera en el pais...

«Wivo» estaba perplejo, meditando, cuando llamaron á la puerta, entrando seguidamente el sujeto que por la mañana le acompañó, el cual expresó á «Wivo» que habiéndole ofrecido la casa, venía á vivir á ella. Acomodó sus maletas en los rincones, tendiose en la cama de «Wivo», y al poco rato roncaba estrepitosamente...

«Wivo» salió de la fonda, siendo objeto en las calles de la más profunda curiosidad admirativa. Observó que las gentes cuchicheaban, y aun oyó al pasar, que señalándole decían:

—Ese es el honrado...

Y cuando subió de punto la sorpresa de «Wivo» fué al verse rodeado de una porción de caballeros, los cuales se atropellaban por llenarle los bolsillos de dinero, suplicándole lo aceptara para dar comienzo á las grandes explotaciones que tenía ideadas, para hacer la felicidad del país...

«Wivo» casi no podía articular palabra. Saludó á todos, abrazó á los que tenía más cerca, se le saltaron las lágrimas de alegría...

Uno de los caballeros fijóse en la sortija de «Wivo», indicó á éste lo hermosa que era, y como «Wivo» se apresurase á decir —Está á su disposición—, el caballero dió las gracias, se la colocó en el dedo y se marchó con ella.

El gobierno en peso se apresuró á saludar á «Wivo» en su propia casa.

He aquí el discurso pronunciado por el Presidente y que conservamos como oro en paño, mi colaborador paleográfico y yo:

«Respetabilísimo señor: A primera vista nos pareció V. un pillo. (Asombro de «Wivo»)... Ahora vemos en V. otra cosa muy distinta; vemos, repito, ¡la salvación del país! (Más asombro de «Wivo»). El fondista donde V. se hospeda nos asegura que usted necesita mucho dinero (asentimiento de «Wivo») para emprender sus proyectos maravillosos... Cuando de tales los calificó, así serán, puesto que esta tierra se llama «Villa-Sincera», y aquí jamás se miente. Se dá todo lo que se ofrece y jamás se ofrece lo que no hay esperanza de dar. Ninguno de nosotros somos honrados. Buscamos el medro personal, y mandamos en el país porque somos menos pillos que los demás listos, ó más listos que los demás pillos... O nos imponemos por una moralidad aparente ó por una absoluta imposición. ¿Usted dice que es honrado?... Nosotros le reconocemos por tal y le proclamamos Jefe del Gobierno. Hemos dicho».

«Wivo» contestó al discurso del Presidente en los siguientes términos:

«Yo salvaré al país. (Aplausos frenéticos). Yo nada quiero para mí. (Hurras atronadores). Yo no deseo el Gobierno por ambición personal, sino por anhelos de una redención gloriosa, de una regeneración, en fin, para este desdichado pueblo... (Delirio de aplausos). Yo cumpliré mi programa y solo deseo vuestro reconocimiento, queridos compatriotas adoptivos».

«Wivo», erigido en jefe de gobierno, se dedicó á vivir á costa del País. Cuando este, reunido en Asambleas y Congresos, le reclamaba el cumplimiento de sus ofertas, «Wivo» contestaba ofreciendo siempre, siempre proyectando regeneraciones nuevas. El amor, dice Tolstoi que es un exceso de nutrición, y «Wivo» bien nutrido con los presupuestos de Villa-Sincera, se dedicó á dar á su Patria adoptiva varios hijos, en cuyas manos puso más tarde las asendereadas riendas del Poder... Los villasinceros incapaces de dudar de nadie, aceptaban como artículo de fé toda promesa de felicidad por descabellada que fuese. No conocieron jamás la mentira. «Wivo» aprovechó esta condición moral de los villasinceros para explotarlos, y habiendo legado el secreto á sus descendientes, forman estos una genealogía cada vez más numerosa en

sus ramificaciones. En Villa-Sincera se les llama *políticos* por descender de *Pólitás* el asiático neurasténico. También se les llama Vivos...

Villa-Sincera ya no lleva ese nombre y quizás pierda el que tiene ahora...

Los descendientes de «Polites Wivo» son insaciables, y tanto mi colaborador paleográfico, como yo, creemos que Villa-Sincera, para ser feliz, necesita hacer muchos muertos entre esos *vivos*.

JUAN VALJEAN.

---



# EL TEATRO DE IDEAS

---

## POR LAS NUBES

Al estrenar Jacinto Benavente su primera obra—*Gente conocida*—apareció, por una de esas rarezas tan comunes en la producción de los genios, como un literato maestro en zurcir escenas, ligadas apenas por una sombra de acción, y que si distraían y se oían con gusto, no era ciertamente por el interés del argumento, sinó tan solo por el brioso restallar del látigo con que Benavente fustigaba vicios y ridiculeces de las clases altas. Era aquella obra un conjunto de chispeantes diálogos, una sucesión de escenas admirablemente observadas; pero en toda ella se echaba de menos la pasión y el sentimiento.

*Gente conocida* gustó. Desde el primer momento se comprendió que Jacinto Benavente traía á la escena española aires de novedad, que en su primera producción y en muchas de las que le siguieron tenían no poco de exótico, como si el glorioso autor, el más original de todos los modernos, desconfiando de sus fuerzas para pintar el dolor y el sentimiento y encontrándose fuerte en el terreno de la sátira, ó acaso seducido por la lectura de los franceses, aspirase únicamente—¡él que tantas veces nos recuerda á Shakespeare!—á ser un imitador de Lavedan, ó á lo sumo de Presvot.

Era aquella época de un cierto esplendor en nuestra escena. El genio portentoso de Echegaray—á quien, por cierto, nadie ha hecho tan cumplida justicia como Benavente—lanzaba sus postreros resplandores, que tenían toda la grandiosa belleza de la puesta del sol en las bravías cascadas del Monasterio de Piedra; Feliú y Codina aparecida como un legítimo sucesor de Calderón y Lope

y Joaquín Dicenta, había acertado á fundir en Juan José el drama pasional y el teatro de tésis. En todos los países el teatro sentía la influencia ibseniana, luchando todos por lograr lo que Ibsen no había logrado, por lo menos en los pueblos meridionales; interesar y conmover.

Murió Feliú y Codina; Echegaray dejó de producir ó no supo en sus obras posteriores, marchar al compás de los tiempos; Dicenta se amaneró y dió á la escena obras declamatorias y falsas. Benavente siguió produciendo, acentuando de día en día su personalidad, poniendo ya en sus comedias esa nota de plácida melancolía, que tanto nos conmueve en *La Comida de las fieras*, por ejemplo.

El público le siguió más curioso que entusiasmado. Sus éxitos más clamorosos lográbanlos el insigne madrileño cuando la sátira llegaba al personalismo. Recordada á este propósito *El marido de la Tellez*, estrenado á raiz del éxito de *María del Carmen*, en la que Diaz de Mendoza alcanzó acaso el mayor triunfo de su vida de actor.

Y los que esperaban confiados en el triunfo definitivo, como artista grande y glorioso, de Jacinto Benavente, iban perdiendo las esperanzas que habían puesto en él, á quien habían saludado como el futuro reverdecedor de los laureles, apenas marchitos, de nuestro teatro.

Hoy que puede apreciarse en conjunto la obra de Benavente, se juzga que sus primeras comedias no fueron tanteos ni ensayos para llegar á dominar el arte. Hoy puede afirmarse que Benavente procuró ir educando al público y aficionarle á su modo de ver la realidad, un poco falsificada y contrahecha por los grandes autores del siglo pasado, que nos habían hecho perder la noción de la medida exacta de las cosas. Echegaray había sacudido nuestros nervios, llevándonos á sentir el escalofrío de lo trágico; mas por la idiosincrasia de su genio no retrató nunca sino la pasión en el grado más alto de exaltación y no presentó nunca sino seres elegidos, de excepción y aun simbólicos, con simbolismo simplicista y retórico. Y como él había tiranizado justamente la escena, nuestro público no estaba dispuesto á apreciar todas las bellezas de un nuevo teatro, cuyos problemas eran acaso más hondos que los planteados por el poeta ingeniero, y desde luego más complejos, y cuyos resortes emotivos eran de extremada delicadeza. Sobre todo el teatro que se ha dado en llamar de ideas era entre nos-

ótro planta parásita, mal avenida con la florea nacional. Ibsen no había laborado en nuestros cerebros mal conocido en pésimas adaptaciones italianas ó francesas y la frialdad de su genio contrastaba con nuestros impulsivos ardores meridionales y toda nuestra tradición artística.

Acaso Benavente hubiera tardado más tiempo en imponer su procedimiento, por temor á chocar con preocupaciones artísticas de la multitud, si el clamoroso triunfo de los hermanos Quintero con sus comedias de filosofía correcta y burguesa, de Moratin con chistes andaluces y de almanaque, no le hubiera precisado á sacudir la melena, y á romper valientemente con sus temores de disgustar al público asustadizo de nuestros teatros.

Pronto se hizo dueño absoluto y soberano del público. Poseedor del secreto de conmover y de sugerir con una sola frase un mundo de sensaciones y de ideas, Jacinto Benavente lo arrolló todo, triunfó en todos los géneros y como todos los grandes artistas llevó á sus obras, á veces de marco reducido—*Los intereses creados*, en portento, no tienen más que dos actos—los más variados problemas psicológicos, políticos y sociales y atinó á concentrar en todas ellas tal suma de interés y tal densidad de pensamiento, que bien puede asegurarse que alguna—*Por las nubes*, sobre todo—son un cuadro acabado y completo de nuestra sociedad, no en lo superficial y externo, en lo hondo de sus anhelos, de sus impaciencias y de sus ansias de bien y de justicia.

¿Cómo Benavente ha conseguido fijar la distraída atención de nuestro público, obligando á pensar á nuestra España, tan poco dada á elucubraciones intelectuales?

Poniendo en su teatro lo que Ibsen no logró en el suyo: el optimismo y la emoción, junto con todos los esplendores de un lenguaje y un estilo que no tienen par en nuestra literatura.

En *Por las nubes* se aborda el mismo problema que Ibsen aborda en *Brand*. Donde el poeta noruego ha hecho una obra obscura, llena de nebulosidades y lagunas, de un misticismo desconsolador y frío, el dramaturgo español ha pintado un cuadro lleno de colorido y de vida, fuerte y humano, con rumor de epopeyas, como decía D. Juan Valera de las obras de Zola.

Pero no es solo un problema el que se plantea: junto á él estaba el pavoroso de las escaseces de la vida, del porvenir de la clase media y de España, de la licitud ó injusticia del egoísmo cariñoso de las madres. Y esta obra que sería lánguida y soñolienta

si otro autor la hubiera producido, es interesante y conmovedora, tierna y satírica, con escenas de sainete y con fulguraciones de tragedia. El estilo llega á las más altas cimas de la sublimidad, y el habla de Castilla, dúctil como la cera en las manos de Benavente, alcanza el grado máximo de sonoridad y de energía, de sentimiento y de pasión.

Es una comedia casera, con detalles de menuda y prolija observación; con personajes que nada tienen de extraordinario, que no hacen nada heróico ó estupendo, y sin embargo hay en ellos tal calor de vida, tal complejidad de sentimientos, que ellos son la vida moderna con todas sus inquietudes y zozobras.

Pero este artículo va haciéndose demasiado largo. Quédese para otra ocasión ahondar más en la filosofía de esta admirable obra, á menos que en el intervalo no produzca Benavente alguna otra que por sus nuevas bellezas nos haga olvidar las innumerables de *Por las nubes*.

LUIS BARDAJÍ.

---

# LA VIDA EN LA CORTE

---

## CARTA PRIMERA

«Madrid es una caldera  
Pero de inmenso tamaño,  
En que el oro de los pueblos  
Derriten los cortesanos.»

L. EGUILAZ.—*Verdades amargas.*

Poco te figurarias, mi *buen* provinciano, que un habitante de la coronada villa respondiese á tus razones; y no por lo que tengan de irrefutables, sino por venir de labios de un *Isidro*, que es como dices tú que os llamamos á los desterrados en provincias.

Ya ves que en esto, como en otras muchas cosas que iré luego enumerando, te engañabas de medio á medio. Aunque habito en Madrid; es más, aunque estoy empadronado en el barrio *palaciego*, me *digno* responder al que quizás viva en la casa menos aristocrática, de la menos aristocrática de las calles, y no desdeño plagiarte á tí, *humildísimo provinciano*, que sueñas con tomar el *tren del Botijo*,—perdona lo abigarrado de la frase—para verte, no enteramente en medio de la Puerta del Sol, porque su farola no lo permitiera, pero sí muy cerca de la *Bola Verde*, sitio obligado de vuestras citas todas.

Y digo que te plagio, porque desde el nombre que doy á la correspondencia que he de sostener contigo, hasta el lenguaje en que *exprimo* mis ideas, solo se ve un reflejo de tu prosa, *un poco* alambicada, y de tus conceptos, *un mucho* convencionales. *La vida en la Corte*, título mis cartas, como tú las tuyas *La vida en provincias*; pones como lema de tus líneas una lira del maestro Fr. Luis de León, y yo encabezo las presentes con un fragmento de romance del inolvidable Luis... de Eguilaz. Consecuencia: lejos de despreciarte, te tomo por modelo.

Esto, por 'o que se refiere á tu personalidad; en cuanto á lo axiomático de tus frases, ves oyendo lo que respondo.

¡Ah, *la vida de la Córte!* ¿Pero tú crees que la vida de la Córte es mejor que la de provincias? ¿Por lo menos tan honrada? Para tal creencia huelga tu confesión de que tambien en Madrid se rinde culto á los siete pecados capitales. Pensar de esa manera equivaldría á ignorar que la impunidad del secreto, á que tanto se prestan los centros populosos, da pábulo á que los vicios extiendan por todas partes sus raíces y multipliquen sus amargas flores.

Aquí, en esta célebre independendencia cortesana, musa obligada de la escuela que ha dado en llamarse realista, escuela algo desacreditada ya por las intemperancias de sus mismos partidarios; aquí donde la inocencia es un mito y una antigualla las costumbres patriarcales, solo respiramos los mefíticos vapores de la atmósfera social que aprisiona cada barrio, cada calle; cada casa, solo escuchamos el silbido de la serpiente que en la noche de la hipocresía prepara sus venenos; presenciamos constantemente las trágicas escenas que han inspirado á Echegaray sus sangrientos dramas; comemos el pan, si le comemos, sazonado con la triste levadura de la fatiga ó del escándalo; aquí, en fin, existen cafés, donde la política sustituye la pócima que con el nombre de Moka se envanece; casinos, donde el tapete verde es una institución; tertulias, que mejor pudieran llamarse *clínicas de la honra*; templos que son mercados repugnantes y escuelas que se pagan mal y nunca.

No nos faltan tampoco, nos sobran, mejor dicho, sórdidos lupanares, regias plazas de toros y venales Ayuntamientos...

¿Y todo esto constituye tu felicidad? ¿Es este el cuadro de tus dichas? ¿Esta es la vida que prefieres á la monótona del campo? Miserio lugareño y que mal conoces lo que deseas. Que bien ignoras que Madrid es una Córte de refinados vicios; una «inmensa caldera,» como dijo Eguilaz, donde se derrite no solo el oro, si que tambien la honra de los provincianos.

Pienso como tú, que muchas de estas lacerías sociales no son esclusivo patrimonio nuestro; sónlo tambien de la provincia; mas á la postre os exigen tributos menos gravosos.

Y ¡qué diablo!, mal por mal, elijo el que cuesta menos dinero. Queda á tus órdenes,

UN CORTESANO.

# LITERATURA PORTUGUESA

---

(DE ANTONIO NOBRE.)

## La sombra.

No tardará la Sombra. Vénus vierte su brillo.  
Es la hora anhelada. ¡El alma está intranquila!  
La luna ya aparece, centinela, vigila  
la esplanada del Cielo, las puertas del Castillo.

Blando batir de alas escucho... ¡Ella! La he visto.  
Su busto en flor y puestas las manos en el seno,  
y el cabello, que emana el aroma del heno,  
dividido en dos crenchas como el pelo de Cristo.

¡Sonrie!... Que linda viene, Jesús, que bien vestida...  
Cuantos recuerdos dulces del corazón arranco...  
La vi por vez primera con ese traje blanco  
que lleva, el mismo traje que siempre usó en la vida.

Es la luz que proyecta de rica pedrería.  
¡Si hasta cantan los gallos anunciando la Aurora!  
No despuntes ¡oh, Sol! que aun no sonó la hora,  
sigue en tu sueño alondra, que aun no ha llegado el día.

¡Oh, rocas! alejaos, dejad paso, ella viene.  
Callaos ruiñeñores que oír su voz espero.  
¿Tendrá su acento aún aquel eco ligero?...  
Ha suspirado un nombre, no es ilusión ¡lo tiene!...

Huye como asustada, si amante la persigo.  
¡Huye de mí! (tal vez será ya tarde) ¡Oh, Clara!  
Nuve, visión, ¡fantasma, óyeme, para... para!...  
Y su voz en murmurio suspira.

—Anda conmigo!

Por la traducción,  
MANUEL MONTERREY.

# LA OCASIÓN DE AMAR

---

(NOVELA ESCÉNICA)

(CONTINUACION)

ISABEL.—Menos de lo que tu vanidad supone. Sería necio que te dijese que mi amor reviviendo súbitamente, me hacia correr hacia tí, olvidándome de mí misma. He sentido esas nostalgias, esos amagos de romanticismo que suelen acometernos á los viejos; deseaba verte, recordar nuestros dolores y nuestras alegrías. Hablar contigo de corazón á corazón, como solo pueden hablar los que después de haber vivido por completo el placer y el dolor, son dos buenos amigos, dos ciegos camaradas que hicieron juntos los primeros viajes de la vida.

D. AGUSTIN.—¿Nada más que como amigos?

ISABEL.—Nada más.

D. AGUSTIN.—Dices que juntos hicimos los primeros viajes de la vida; ¿por qué no continuarlos?

ISABEL.—Porque sería un viaje de regreso, con todas sus tristezas.

D. AGUSTIN.—No, si sabemos aprovecharle, aún nos queda tiempo para gozar de muchas felicidades.

ISABEL.—¿Así?... No. Son otras las felicidades que se disfrutan á nuestra edad. Yo te creía gozándolas y te juzgaba dichoso.

D. AGUSTIN.—No lo soy, Isabel, no puedo serlo. Estoy pagando el error que cometí al apartarme de tu camino. Tú en amor me habias enseñado un credo que no supo repetirme después mujer alguna. ¡Tenía que haber sido tan grande, tan sublime la pasión que me hubiese hecho olvidar aquella!... Y ya ves, trope-



cé con el cariño de una mujer vulgar que al punto ahogó mis escasos entusiasmos y me hizo maldecir mis ambiciones.

ISABEL.—Te quedan los hijos. En ellos, cuando se es buen padre, puede vivirse otro amor, otra juventud. El que no es egoísta ó al menos sabe serlo refinadamente, disfruta de las verdaderas felicidades por reflejo.

D. AGUSTIN.—Ni ese consuelo tengo. Mi hija fué á fijar su amor fuera de lugar...

ISABEL.—Se murmura que tu oposición es debida á la pobreza del novio.

D. AGUSTIN.—Me opongo, porque debo velar por la felicidad de mi hija.

ISABEL.—¿Cómo pretendes ser artista de felicidades, si no supiste hacer la tuya?

D. AGUSTIN.—El novio es un cualquier cosa, tiene pésimos antecedentes y no viene buscando más que mi amparo y mi dinero.

ISABEL.—(*Muy irónica*). ¡Tienes tú una gran experiencia de estas cosas!

D. AGUSTIN.—No me hieras con tus ironías.

ISABEL.—¿Por qué no ha de ser un hombre digno, que ame de veras á tu hija? ¿Quién sabe donde puede hallarse una felicidad.

D. AGUSTIN.—Las mujeres os inclináis facilmente hacia todo romanticismo y os olvidáis de las realidades.

ISABEL.—¡Y dichosas nosotras; la realidad es tan amarga... Somos felices mientras vivimos engañadas.

D. AGUSTIN.—No me extraño de tus amarguras y procuraré desvanecerlas. Fuí el causante de tu desgracia. cometí los mayores delitos de lesa amor; pero llegó la ocasión de con mi cariño repararlo todo. (*Muy vivamente.*)

ISABEL.—La ocasión de amar ha pasado para nosotros.

D. AGUSTIN.—Soy paradójico. Si en mi juventud los practicismos ahogaron los sentimientos, de viejo pienso en el amor como en una redención... (*tomando la mano á Isabel le dice con pasión.*) Porque te amo, Isabel, te juro que te amo. Me bastó verte, para que se me despertasen sentimientos que yo creía muertos.

ISABEL.—¡Amor, amor! Confundís tantas veces los hombres el amor con el deseo...

D. AGUSTIN.—¿Dudas? ¿Acaso tú no sientes también remembranzas de aquel cariño y por él deseos de perdonarme?

ISABEL.—Las mujeres perdonamos con el corazón, aunque condenemos con los labios.

D. AGUSTIN.—¿Y me volverás á amar?

ISABEL.—¿Sabes si acaso he dejado de hacerlo?

D. AGUSTIN.—¡Isabel!....

ISABEL.—En un principio creí odiarte al ver tu felonía y mi desgracia, después pasaste á ser un grato recuerdo, y al casarme con el hombre bondadoso y abnegado que me libró del infortunio, yo, ingrata y soñadora, al ver sus delicadezas, imaginaba mi felicidad si tú hubieses sido él. Paso á paso seguía tu vida, gocé con tus triunfos, lloré con tus derrotas... y hoy que muerto mi esposo me encuentro sin amparo y sin cariño, busco el tuyo; pero le quiero puro, sincero, como el mío.

D. AGUSTIN.—Así será ó creerás tú que es tu cariño. El mio no puede ser más que como aquel que nos hizo cometer tantas locuras.

ISABEL.—El hombre que hace adúltera á una mujer, no la quiere, la desea.

D. AGUSTIN.—Hoy no tienes esposo á quien ofender.

ISABEL.—Pero tengo dignidad que guardar.

D. AGUSTIN.—¡Honor! ¡Dignidad!... Convencionalismos. Si nos preocupamos por los juicios del mundo, nunca seremos felices.

ISABEL.—¿Ignoras que tengo hijos y más vela por su honor una madre que una esposa. Seamos amigos, nada más que amigos.

D. AGUSTIN.—Bien... amigos. El nombre no hace al caso.

ISABEL.—(*Levantándose*). Debo advertirte que de aquella loca Isabel no queda nada. Acepta lo que te ofrezco y no sueñes conseguir más.

D. AGUSTIN.—Espera un momento.

ISABEL.—No, sería aún peor aparentar lo que no existe, tu familia notará tu falta. Ve con ella.

D. AGUSTIN.—Bien, pero luego tenemos que hablar.

ISABEL.—Voy á comer, cuando baje de mi habitación nos veremos y te mostraré recuerdos que te probarán que nunca te he olvidado. Hasta luego.

D. AGUSTIN.—(*Reteniéndole largo rato la mano*). Hasta luego, Isabel.

(Ella se vá y él queda contemplándola hasta verla desaparecer. Después se dirige hacia el comedor.)

LUIS.—(Sale del Salón detrás de Mora.) ¡Dos palabras, caballero!

MORA.—¿Desea usted?

LUIS.—Terminar cuanto antes esta violenta situación... ¡Terminarla sea como sea! ¿Entiende Vd?

MORA.—(Con gran calma.) Entiendo. Pero absténgase de esas manifestaciones, porque en estos casos no es de tono lo trágico.

LUIS.—(Muy exaltado.) ¡No me exaspere Vd. más con su flema, ó la interpretaré!...

MORA.—¿Por cobardía?

LUIS.—¡Tal vez!

MORA.—Bueno, pero ¿usted que quiere?

LUIS.—Sepa Vd. caballero, que Lucía y yo nos amamos, tenemos unas relaciones formales, y yo el propósito firmísimo de hacerla mi esposa en plazo breve. Nos ligan promesas y juramentos sagrados, y entiéndalo bien, nadie, nadie podrá torcer el amor eterno que nos hemos prometido. Usted abusando de la amistad, encubre con ella una odiosa tiranía que á su vez sospecho, encubre una pasión. Y si eso es cierto y Vd. no desiste... ¡Nos veremos, caballero, nos veremos!

MORA.—Basta de farsa. Vd. y yo somos los personajes de un sainete ideado por Lucía para su divertimento. Temo que el sainete, en fuerza de ser ridículo, de en trágico. Escuche y juzgue. ¿Quién cree Vd. que es Lucía? ¿Qué antecedentes tiene de ella?

LUIS.—Lucía es para mí el sol que alumbra mi vida, y no me hace falta averiguar sus antecedentes para creerla la más pura y digna de ser amada.

MORA.—¿Se contentaría Vd. con que en vez de ser Lucía un sol, se quedase en estrella?

LUIS.—Me parece que la situación no es la más apropiada para buscar un *calembour* de dudoso gusto.

MORA.—No es *calembour*. sino un rodeo para decirle algo harto duro y amargo. Y en verdad que me da pena hacerle descender desde una ilusión tan risueña á una realidad repugnante. Lucía es una estrella... purísima que brilló en los mejores escenarios, consumiendo fortunas y corazones.

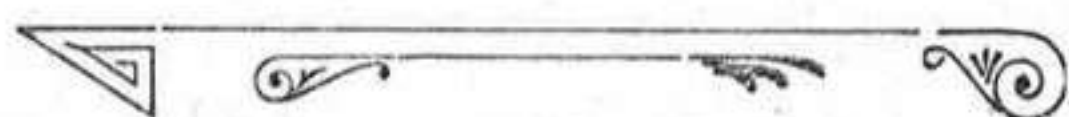
- LUIS.— (*Amenazador.*) ¿Que dice Vd., insensato?
- MORA.— ¡Calma, calma!
- LUIS.— Ha de tragarse Vd. esa infame calumnia, esa rastrera superchería.
- MORA.— Suba Vd. á mi habitación y le enseñará postales y retratos por docenas, cartas, periódicos...
- LUIS.— ¿Pretende Vd. embromarme.
- MORA.— No, joven, no, y siento haberlo hecho satisfaciendo los caprichos de esa frívola criatura. Quiso tener con Vd. un noviazgo, unos amores blancos, enamorándole con las gracias y virtudes de una señorita... Se le antojó un juguete cuyo mecanismo no conocía.
- LUIS.— ¿Y Vd. quién es?
- MORA.— El juguete que acaba de abandonar por inservible, después de haberle despedazado. Un hombre que por ella olvidó sus deberes, dilapidó una fortuna y comprometió la dignidad, y que hoy que se encuentra sin dinero y sin prestigio corre tras ella mendigando su cariño.... ó por lo menos las apariencias de cariño con que antes me engañaba.
- LUIS.— (*Que escuchó consternado, dice con indignación.*) ¡Pruebas, pruebas! Yo necesito pruebas de todo eso... y si lo ha mentido, su sangre toda no bastará para lavar esa calumnia.
- MORA.— Bien, bien calderoniano joven, venga y le daré todas las pruebas y explicaciones que necesite.
- LUIS.— ¡Oh, como lo que me afirma sea cierto!... No, ni pensarlo quiero.

ANTONIO FERNANDEZ LEPINA.

(Continuará)

---

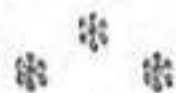
# Legajo



No se organizaron en Cáceres los Juegos Florales que propuso el ilustrado sacerdote D. Benigno B. Regidor, pero sí un Certámen Literario, y algo es algo.

Cáceres, que en los festejos que pudiéramos llamar de la inteligencia; que en los torneos de las ciencias y de las artes parecía un tanto retrasado, se decide al fin á entrar por la senda ya vieja para otros pueblos, gracias á la iniciativa de un laureado escritor de la tierra, y á la ayuda que á la idea, como siempre, hubo de prestarle la prensa, factor principal en el desarrollo y en el arraigo de todas estas cuestiones.

El Sr. Regidor no debe estar descontento. Es verdad que su pensamiento no ha triunfado en absoluto; pero el triunfo en parte, aquí donde no se vive muy á rio lleno en materia de predisposición para ciertas cosas, ya es motivo á la complacencia del que se halle en el lugar del virtuoso sacerdote cacereño.



Ahora, á lo que parece, resulta que en las biografías de Espronceda, trazadas por Ros de Olano, por Ferrer de los Rios y por otros escritores de la segunda mitad del siglo XIX, que alcanzaron los días que viviera el autor de *El diablo mundo*, se falta á la verdad; que no es exacto que el ilustre hijo de Almenralejo estuviera preso en el castillo de San Jorge de Lisboa, así como no lo son igualmente otros detalles de la vida y de la historia del poeta de la juventud, del poeta de los grandes atrevimientos y de los excepticismos más grandes todavía.

Tal descubrimiento, los errores que contiene la biografía de Es-

pronceda, por todos conocida, nos los ha adelantado el cronista que en Madrid tiene el periódico de Villafranca de los Barros *La Opinión de Extremadura*, que firma con el pseudónimo de «José María», el cual en una de sus crónicas intituladas «De Domingo á Domingo», decía entre otras cosas:

«En cambio la prensa de Madrid y la de España entera ignora que los anteriores biógrafos de Espronceda (todos sin excepción) no se han cuidado de acudir á los archivos en busca de documentos en que apoyar los datos que recogían de labios de los amigos del poeta ó que había forjado la leyenda.

*La Opinión de Extremadura* podrá conmemorar al gran cantor del «Diablo Mundo» con interesantes documentos autógrafos, que desde ahora me ofrezco reunir y mandar, tomados del expediente de Espronceda, que se conserva en el archivo del Ministro de la Guerra, desde su padre, que fué un valiente y *un viejo*, según reza su expediente personal del Archivo de Segovia, más de veinte poesías inéditas, descubiertas recientemente, y que ya están en la *sección de manuscritos* de la Biblioteca Nacional, etc. etc.

Para el número inmediato remitiré un índice completo y detallado de los documentos que han ido apareciendo, y empezará su ordenada reproducción.

Por vía de anticipo, diré á mis lectores que los padres de Espronceda eran dos viudos, casados en segundas nupcias, y que, el después brigadier, pidió permiso para casarse con la viuda del alférez del regimiento de Borbón, don Ignacio Alvarez, siendo él capitán en 1804, á los 54 años de edad.

También se han descubierto nueve cartas de Espronceda á su padre, que vienen á constituir una autobiografía del poeta, desde que partió para Portugal, hasta que regresó á España, la primera de las cuales quita todo fundamento á la leyenda de su prisión en el castillo de San Jorge.

Se explica que Espronceda no diera cuenta á los autores de sus días de sus conquistas amorosas, pero no se concibe que dejara de hablarles de su prisión, si hubiera sido cierta, por lo que me inclino á creer que ésta no llegó á existir sino en su imaginación calenturienta y fecunda en extraordinarias invenciones. Pues ni en el Archivo del Ministerio de Estado ni en el de la Guerra del Reino vecino, se encuentra documento alguno que acredite el arresto del poeta.

Quizás él mismo, al regresar á España, referiría á sus amigos ésta con otras fantásticas aventuras; como la de las dos pesetas arrojadas al Tajo, para darse aire de héroe, y de aquí tomaría base la fábula.

Muy lejos de referirse á prisión de ningún género, véase lo que dice á sus padres desde Lisboa con fecha de 23 de Agosto de 1827.

«Amados padres míos: La carta de ustedes del 11, me llenó de dolor, considerando el sentimiento que han tenido variando de intención en cuanto á buscarme, pero no en cuanto á separarme de la casa del tío, pues no sufría en ella otra cosa que disgustos, y particularmente en la de Lisboa, por lo que pasaré á Santarén á vivir con Prady.

Sosieguense ustedes, y haga usted madre que papá se mejore, cuidándole mucho, y usted déjese de pensar tan tristemente, que ya no me marchó de Portugal.

Desde este correo en adelante, me escribirán ustedes á Santarén, á donde me voy mañana regularmente.

Adios, padres míos, cuidense ustedes mucho, para conservarse buenos; su Pepe.»

Archivo de Segovia. Expediente personal de D. Juan de Espronceda. Sola Capilla. Letra E. Legajo número 193.

¿Si hubiere estado preso, se concibe que no aludiese á su prisión?»

Como el corresponsal de *La Opinión de Extremadura* pensamos nosotros, y la propia pregunta hubo de ocurrírse nos al concluir de leer la carta de Espronceda á sus padres; pero suspendemos todo juicio hasta conocer los documentos que se anuncian referentes al autor de «El Estudiante en Salamanca», y que han movido de un modo extraordinario nuestra curiosidad.

\* \* \*

La idea anunciada hace algun tiempo por la prensa de Badajoz, de dar á la estampa una Biblioteca de Autores Clásicos Extremeños, que parecía abandonada por los que la iniciaron, ha vuelto á resurgir, constandonos que en estos instantes hay quien se ocupa en la redacción del anuncio-prospecto que la ha de preceder.

Los que se proponen llevar á término pensamiento tan plausible, que son un estimable escritor pacense que dedicó la mayor parte de los días de su vida al estudio de la literatura española y muy particularmente de la extremeña, que por señas más claras dirigió hasta hace poco un diario de la capital, y un impresor del que no es preciso dar el nombre para ser conocido cuando se trata de empresas de este género, tienen el propósito de recoger en la biblioteca de su iniciativa, lo mejor de los autores clásicos, de los autores notables de Extremadura, empezando por lo que esté más próximo á perderse por rareza de ejemplares impresos ó manuscritos, y piensan también que á las notas, aclaraciones y comentarios que la general cultura del director de la biblioteca pueda poner á determinadas obras, se sumen los estudios que en todo caso se habrían de solicitar de los más reputados críticos y bibliófilos españoles.

Nosotros que venimos laborando en el mismo sentido que se proponen hacerlo los iniciadores de la Biblioteca de Autores Extremeños, nos felicitamos de que haya alguien á quien en nuestras horas de tristeza podamos volver la cara y recordar á los dos sabios del famoso autor de *La vida es sueño*.

\* \* \*

Tenemos en cartera para su publicación varios documentos históricos; unos, de hechos referentes á la ciudad de Llerena; otros, de nuestro inteligente colaborador el Excmo. Sr. D. José Gestoso y Pérez, sobre asuntos de Arte (Una requisa de cuadros en la Catedral de Sevilla); el discurso del mantenedor de los *Juegos florales* celebrados en Sevilla el día 5 del mes actual, D. Mario Méndez Bejarano; un poema latino con su traducción en verso castellano sobre la fiesta nacional (Corrida de toros) debido al P. Escolapio D. Gerónimo de Córdoba, y otros que sucesivamente irán apareciendo, dignos todos ellos de ser registrados en las páginas de ARCHIVO EXTREMEÑO.

\* \* \*

Entre las obras llegadas á esta redacción, figura el *Diccionario de artes sevillanos*, de nuestro distinguido colaborador D. José Gestoso y Pérez, quien ha dado en ella una gallardísima prueba de sus aficiones artísticas y cariño á los representantes que en la ciudad del Betis ha tenido el Arte en los siglos pasados, dándonos á conocer en los tres abultados volúmenes de que consta la obra, los nombres y biografías, hasta de humildes industriales, al lado de otros en cuyas frentes aparece la luz espléndida del genio con todo su fulgor y brillantez. Supone la obra de referencia una labor benedictina, para la cual ha puesto á contribución el Sr. Gestoso archivos públicos y particulares sin descuidar los protocolos notariales, fuentes hasta ahora no consultadas por otros historiadores y que han ofrecido curiosas noticias tanto á nuestro amigo como al insigne académico Sr. Rodríguez Marín.

Nos complacemos en poder hacer público nuestro reconocimiento al señor Gestoso, de quien, como arriba decimos, habremos de dar á conocer á nuestros leyentes un interesante trabajo, por consecuencia del cual la pintura sevillana se ha enriquecido con producciones hasta ahora de autor ignorado, y cuyo mérito es ya conocido de los inteligentes y *amateurs* del Arte pictórico.

BALDUQUE.